

HOMILÍA XXVIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2013. CICLO “C”

1.- Las Lecturas

*** Segundo Libro de los Reyes 5,145-17.** Naamán, guiado por el profeta Eliseo, es curado en las aguas del Jordán. Reconoce públicamente a Dios y lo alaba. Agradece de este modo el favor recibido: la curación de su lepra.

*** Salmo Responsorial 97.** Dios revela a las naciones su salvación. A nosotros, como cristianos y como Iglesia, nos corresponde anunciar a todos los pueblos la salvación de Dios. No nos quedemos encerrados en nosotros: salgamos fuera, a las periferias geográficas y existenciales, y anunciemos a Jesucristo.

*** Segunda Carta de San Pablo a Timoteo 2,8-13.** Dios ha intervenido en la historia resucitando de entre los muertos a su Hijo Jesucristo. Los que perseveren en la fe hasta el fin resucitarán gloriosamente y reinarán con Cristo para siempre.

*** Evangelio según San Lucas 17,11-19.** Entre los diez leprosos, a quienes curó Jesús, sólo uno vuelve a dar gracias. ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero? Ante los dones que hemos recibido de Dios, hemos de ser agradecidos.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Dios es compasivo y misericordioso

Proclamemos con el salmo 117: “Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia (...) Tú eres mi Dios, te doy gracias”.

Esta es la primera enseñanza que, una vez más, quiero compartir con gozo y esperanza con todos: Dios es compasivo y misericordioso. Este es el rostro de Dios que nos ha mostrado el Antiguo Testamento (primera lectura) y nos ha revelado Jesús (Evangelio). Podemos vivir con paz y esperanza porque sabemos que Dios nos acoge en su infinita misericordia, se siente profundamente afectado por los sufrimientos y heridas del ser humano y nos perdona. Dios nos muestra su amor y misericordia de formas diversas.

Como al hijo pródigo que vuelve a casa, Dios nos acoge, nos abraza y perdona nuestras faltas y pecados, nos llama a la conversión para

iniciar una vida nueva y santa y nos invita a su mesa para compartir con nosotros el banquete de su amor, la Eucaristía.

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (ITim. 2,3-4).

Jesucristo ha muerto en la cruz por nosotros, por nuestra salvación. Acojamos su perdón.

Unas palabras del Papa Francisco

“La fe en nuestra vida hace una revolución que podríamos llamar copérnica, nos quita del centro y pone en el centro a Dios; la fe nos inunda de su amor que nos da seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero, en lo más profundo de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, al serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf. Gál.5,22); entonces nuestra existencia se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesús, de Dios. Amigos queridos, la fe es revolucionaria y yo te pregunto a vos hoy: ¿Estás dispuesto, estás dispuesta a entrar en esta onda de la revolución de la fe? Sólo entrando, tu vida joven va a tener sentido y así será fecunda” (Misa de acogida de los jóvenes. Copacabana. Río de Janeiro; jueves 25 de julio de 2013).

2.2.- Demos gracias a Dios por los bienes recibidos.

Con el salmo 117 digamos una y otra vez: “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”.

A.- ¿Qué debemos agradecer?

Agradezcamos al Padre que nos diera a **su Hijo**: “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn.3,16). Jesucristo es el regalo más grande, inmenso y hermoso que Dios ha dado a la humanidad. Acojámoslo con fe y amor, con esperanza y gozo.

Agradezcamos a Dios el don de **la salvación** pues “Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo -por gracia habéis sido salvados- y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús” (Ef.2,4-6).

Agradezcamos al Señor **todo** lo que nos ha regalado: la vida, la fe, la familia, los hijos, los hermanos, la vocación cristiana, el sacerdocio, la vida consagrada, los sacramentos... Cada uno ha de considerar aquellos dones que Dios le haya dado. Considerarlos para reconocerlos como dones de Dios...

Hagamos de nuestra vida una ofrenda santa y agradable a los ojos de Dios. Caminemos siempre en la presencia de Dios y haciendo el bien a todos.

Dios no quiere la guerra ni la violencia. Dios quiere que vivamos en paz y en concordia. Por eso, pedimos que se caigan de las manos de los hombres las armas de la guerra, que cese la carrera de armamentos.

Dios no quiere que sus hijos mueran de hambre. Dios ha creado los bienes del mundo para que todos podamos acogerlos, disfrutarlos... Por eso, hemos de promover la justicia y el respeto a los derechos humanos más elementales.

B.- Nuestra acción de gracias

Al tomar conciencia de los dones de Dios y al considerarlos como tales, debemos dar gracias al Señor hasta el punto de que digamos: “¡Señor, que durante todo el tiempo que nos quede de vida en este mundo, siempre te digamos: “¡gracias, Señor!

Unamos nuestra acción de gracias a la de Jesucristo que se hace presente de forma sacramental en la Eucaristía que celebramos cada día en nuestras parroquias, catedrales, iglesias, comunidades cristianas...

Dar gracias al Señor nos ha de llevar a superar toda tentación y todo signo de egoísmo, de soberbia, de endiosamiento, de prepotencia, de autosuficiencia... No olvidemos que Dios acoge y escucha al humilde, y resiste al soberbio.

Unas palabras del Papa Francisco

“Hoy Jesús nos sigue preguntando: ¿Queréis ser mi discípulo? ¿Queréis ser mi amigo? ¿Queréis ser testigo del Evangelio? En el corazón del Año de la Fe, estas preguntas nos invitan a renovar nuestro compromiso cristiano” (Eucaristía de bienvenida al Santo Padre. Copacabana, Río de Janeiro; jueves, 25 de julio de 2013).

C.- ¿Qué significa dar gracias al Señor?

* Reconocer que lo que somos y tenemos es don del Señor. San Pablo nos dijo: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (ICort.4,7). Vivamos en humildad ante Dios y en servicio ante los demás.

* Respetar estos dones y no destruirlos. Somos responsables de los dones recibidos. Debemos responder de los dones recibidos ante Dios que nos los regaló. Nos ha dado la vida para ofrecérsela a Él, no para destruirla ni devaluarla.

* Ofrecer estos dones al Señor habiéndolos desarrollado debidamente. Debemos dar cuentas de lo que hemos hecho con ellos y de

ellos. Estos dones con como los denarios que hemos recibido y que hemos de hacerlos fructificar. Hemos de dar cuenta de ellos (Mt.25,14-30). No es suficiente conservarlos; hemos de intentar que produzcan frutos...

* Poner estos dones al servicio de los demás. El Señor nos ha dado el don de la Palabra para alabarlo y para dialogar con todos. Nos ha dado el don de la vida para glorificar a Dios con ella y para ponerla al servicio de los más necesitados... No seamos egoístas ni nos mostremos indiferentes ante los pobres y necesitados. Los dones se multiplican y crecen cuando los compartimos con los demás. En cambio estos dones se empequeñecen cuando los tenemos sólo para nuestro disfrute y consumo.

* Ordenar siempre estos dones para gloria del Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo ya que “todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es para Dios”. Sea todo para gloria del Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

Unas palabras del Papa Francisco:

* “Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundaneidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos” (Encuentro con los jóvenes argentinos en la catedral de San Sebastián de Río; jueves, 25 de julio de 2013).

* “¡Queridos jóvenes! Cuando vuelvan a sus casas, no tengan miedo de ser generosos con Cristo, de dar testimonio del Evangelio (...) Llevar el Evangelio es llevar la fuerza de Dios para arrancar y arrasar el mal y la violencia; para destruir y demoler las barreras del egoísmo, la intolerancia y el odio; para edificar un mundo nuevo. Queridos jóvenes: Jesucristo cuenta con ustedes. La Iglesia cuenta con ustedes. El Papa cuenta con ustedes” (Misa de envío. Copacabana, Río de Janeiro, domingo 28 de julio de 2013).

Prosigamos celebrando la Eucaristía.

“En la celebración litúrgica, la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande, pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos” (SC 24).

Terminamos. Unidos en la plegaria
Cáceres. 7 de octubre de 2013

Florentino Muñoz Muñoz